

NO JUZGUÉIS...

por Francisco-Manuel Nácher

Dice el apóstol Santiago en su maravillosamente profunda Epístola: *“La lengua, siendo uno de nuestros órganos, contamina, sin embargo, el cuerpo entero... De la misma boca salen bendición y maldición. Y eso no puede ser... ¿Es que una fuente puede echar por el mismo caño agua dulce y agua salobre?”*

Y, en otro de sus párrafos, añade: *“Si interiormente os amarga el despecho y sois partidistas, dejad de presumir y engañar a costa de la verdad. No es ése el saber que baja de lo alto; ése es terrestre, irracional, maléfico; y, donde hay despecho y partidismo hay turbulencia y toda clase de malas faenas.”*

Y sigue: *“¿De dónde esas guerras y de dónde esas luchas entre vosotros? ¿No será precisamente de esos apetitos agresivos que lleváis en el cuerpo? Deseáis y no obtenéis, sentís envidia y despecho y no conseguís nada; lucháis y os hacéis la guerra y no obtenéis, porque no pedís; o, si pedís, no recibís, porque pedís mal, para satisfacer vuestros apetitos.”*

Y aún insiste: *“Dejad de denigraros unos a otros. Quien denigra a su hermano o juzga a su hermano, denigra a la Ley y juzga a la Ley; y, si juzgas a la Ley, ya no la estás cumpliendo, eres su juez.”*

Tras leer cuanto antecede, poco queda por decir. Si acaso, algunas reflexiones que no añadirán nada a lo dicho, pero quizás lo harán todo un poco más próximo:

Cuando vayas a hablar sobre alguien, párate antes y pregúntate si lo que vas a decir de esa persona es bueno o es malo. Si es bueno, proclámalo, grítalo a los cuatro vientos para que todos lo sepan y tomen ejemplo. Pero, si es malo, muérdete la lengua, córtatela, si es preciso, con los dientes, antes de pronunciar una sola palabra contra tu hermano. Y si, desgraciadamente la pronuncias, no presumas luego de bueno ni de leal ni de digno de confianza porque, aunque tú pienses lo contrario, no lo eres.

Porque tú, que no te conoces ni a ti mismo, no vas a pretender conocer las motivaciones ni las circunstancias ni los propósitos de tu hermano y, por tanto, lo único que estarás haciendo es proyectar sobre él tus propios defectos.

Si ves algo en tu hermano que no te guste o no te parezca correcto, díselo abiertamente, mirándole a los ojos, pues quien no mira a los ojos de su interlocutor no es digno de confianza, y hablad los dos del tema. Pero nunca evites hacerlo así y vayas por la espalda difamándolo o calumniándolo, sin más información que tus propias suposiciones, o las confidencias interesadas de otros, influidas, en todo caso, por tu propia imperfección.

Cada uno de nosotros hemos alcanzado en nuestra evolución espiritual un nivel determinado, una línea por encima de la cual terminan nuestra comprensión, nuestras facultades razonadoras, nuestra intuición, nuestra capacidad de expresar el amor o la disponibilidad o la amistad o el compañerismo o la comprensión o la tolerancia. Un punto por encima del cual, todo lo que hay se nos escapa, nos es ininteligible y, por tanto, desconocido y, hasta que evolucionemos más, inexplorable e incomprensible. Al mismo tiempo, sin embargo, hay otros que han evolucionado más que nosotros y ven donde nosotros no vemos o sienten donde nosotros no sentimos o comprenden donde nosotros no comprendemos.

Por tanto, todo lo que los demás hagan o digan o escriban o manifiesten por encima de nuestro umbral máximo indicado, al ser interpretado por nosotros, será necesariamente rebajado, depreciado, deformado por nuestra falta de capacidad y manchado injustamente por ella.

* * *